

independencia que eran irlandeses o escoceses, héroes y todo, pero al fin súbditos británicos, que peleaban de paso por el país americano, pero en realidad por atavismo de estirpe y porque libertando a la América Española se debilitaba a España y se agrandaba Inglaterra. La confusión de sentimientos no tiene nada de extraño, pues mal podemos depurar la historia cuando nuestras mismas ideas no han estado enteramente claras. A raíz de nuestra independencia nos salieron tutores, y la presión mental de Francia sirvió como ha servido casi siempre en la historia, para debilitar a los latinos y asegurar el triunfo de los ingleses. El nacionalismo francés, torpemente imitado, nos llevó a constituir patrias ajenas unas de otras y sin darnos cuenta, reemplazamos todo lo que tiene de más firme un pueblo, su tradición noble, sus parentescos raciales, su unidad histórica, por la vana palabrería importada con etiquetas extrañas. Así nos disgregamos, — hipnotizados con la primer tontería llegada de París, y todo esto lo hacíamos mientras la raza sajona llevada de un sabio instinto, se organizaba para constituir el «english speaking world» contemporáneo, dominador del planeta. El intento de conquista hecho por los ingleses en la Argentina y las usurpaciones de territorios consumados en Venezuela, en México, etc., sirvieron para recordarnos el peligro. Los cinco o seis mil ingleses aniquilados totalmente en Buenos Aires, nos hicieron ver que la patria no es un solo territorio y la libertad política, sino también y principalmente la estirpe, es decir, el tipo de cultura a que cada pueblo pertenece. La mera nacionalidad se forja en papeles; la estirpe la constituye la vida. La creación de las nacionalidades latino-americanas fué un caso de suicidio colectivo. Bolívar lo comprendió y para evitarlo empleó todos los recursos de su enorme ingenio; sin embargo, el egoísmo, las barreras naturales y el interés de las potencias extrañas fueron más fuertes. El interés de Inglaterra prefirió veinte clientes a uno solo. La vanidad de Francia no podía ver bien un gran pueblo delante del cual hubiera parecido la maestra un poco ridícula, pero consintió en mostrar cierta desdeñosa condescendencia para los veinte discípulos, como nosotros mismos dimos en llamarnos. Nos llegó todo lo extraño; los ingleses se apoderaron de nuestros mercados regalándonos teorías conforme a las cuales ellos son la raza superior y nosotros unos mestizos, capaces tal vez de aprender, pero mediante la obediencia y la imitación. Los franceses nos llenaron de cosas bonitas y llegaban a la Argentina para decir que aquel era el mejor país de la

América porque se hallaba más cerca culturalmente de Francia y en seguida permitían que el peruano se afrancesara como discípulo predilecto, para gloriarse a renglón seguido de que todavía era más francés el Brasil; y todos estábamos de acuerdo en que... el cerebro del mundo estaba en París. Los franceses en cambio opinaban concordes que el latino-americano era un infeliz. Y tenían razón, entregamos las riquezas y entregamos el alma, y como buenos descastados no hacíamos otra cosa que injuriar a España ensoberbecida—de nuestros amos nuevos, porque amos fueron—hasta en la protección o tolerancia que siempre prestaron a los déspotas que sabían favorecer sus intereses. Contémplese la Venezuela de hoy, feudo del último y más monstruoso de los tiranos, protegido de las compañías extranjeras que explotan el país, y se verá como en un espejo lo que en distintas épocas fueron la Argentina y el Ecuador y Guatemala y México. Nuestra independencia estuvo en el papel y nuestro decoro en el fango. Países de opereta trágica; razas bastardas, hemos sido los simios del mundo, porque habiendo renegado de casi todo lo propio, nos pusimos a imitar sin fe y sin esperanzas de crear. La guerra sostenido por Juárez contra los franceses inició la regeneración de México; otros países más afortunados se han ido regenerando por el esfuerzo ordenado de su propio desarrollo, y hemos llegado por fin al período decisivo en que vivimos, para escuchar que de uno a otro confín surge renovado el concepto boliviano, pero ahora mucho más profundo porque ya no busca la liga política para fines abstractos, sino la integración de una raza que llega al instante de su misión universal. ¡Dichosa la juventud latino-americana que llega a la vida cuando se sientan las bases de un nuevo período de la historia del mundo!

¡Pero cómo va a necesitar tesón y clarividencia para que no la ciegue el torbellino de los sucesos y para que los venidos de fuera no la desplacen de su papel interpretativo del aporte ajeno y unificador de la creación humana! Necesita sanear el ambiente para que la vida nueva se desarrolle vigorosa y libre; necesita acabar con el soldado y el clérigo, para que no sean otra vez influencias extrañas las que liberten. Necesita implantar la justicia para que no se produzca aquí una nueva barbarie sino una verdadera civilización.

Los que sólo ven hacia atrás, los que transigen con la injusticia y con la mentira, no podrán manejar el material humano que va a desbordarse sobre nosotros. Si la juventud no conquista el heroísmo que los tiempos re-

claman, los recién venidos nos quitarán el papel de directores para hacer una cultura híbrida. La harán ellos si no la improvisamos nosotros; pero ellos pasarán años en adaptarse al nuevo ambiente y entretanto la civilización languidecerá o quedará destruída. En cambio, si la juventud de estos instantes toma sobre sus hombros la misión varonil, la victoria humana será gloriosa y rápida. Los extranjeros vendrán y quizás no en són de conquista; los trataremos bien porque son de noble sustancia humana y porque el abuso y la deslealtad no traen sino disolución y fracaso. Fraternalmente mejoraremos lo que se ha hecho antes, y el mundo se beneficiará con nuestro triunfo, y seremos la primera raza universal.

Confío mucho en ustedes, porque hay en Colombia un rancio espíritu castellano que obrará prodigios así que se sacuda la influencia clerical y el conservadorismo que han sido causa de decadencia en todos nuestros pueblos. El afán con que ustedes han cuidado la pureza del idioma es una garantía de que poseen ese orgullo propio sólo de las razas creadoras. Todo extranjerismo es fecundo si se depura y organiza dentro del molde nativo, como lo hace el inglés y como lo hacía el español cuando era fuerte; en cambio, no hay caso más lamentable que el de toda nuestra América Española, empeñada durante un siglo en afrancesarse y anglicanizarse como si no hubiera en nuestra propia sangre materia capaz de redención y de esplendor. No es copiando modas y costumbres extrañas como se puede regenerar una raza, sino cortando de raíz los abusos que son la causa de nuestro atraso: la pereza y el prejuicio, el abuso económico y político. Por eso los jóvenes deben exigir mucho y tercamente. La inercia social recorta y aplana bastante todos los ideales para que ya desde que nacen salgan envilecidos por la conveniencia y amenguados por una falsa prudencia. Hay en el entusiasmo eficaz una especie de cálculo instintivo que nos lleva a pedir mucho para lograr aunque sea un poco. Reflexione la juventud que no es sólo haciendo discursos como se reforma el mundo, sino preparándose para llevar a la práctica todas las ideas que a nosotros nos parezcan buenas, aunque el resto de la sociedad las repruebe. La sociedad en que se vive generalmente representa lo que ya ha pasado; el espíritu, en cambio, vive en perpetuo mañana; su intención de conjunto nos hace ser hombre antiguo y hombre moderno, rejuvenecedor del presente y visionario del porvenir. Sólo rompiendo abiertamente con el medio contemporáneo podrán alcanzar progreso.